

estaba exenta de la sospecha de haber envenenado al emperador Augusto. (Tacit. *Annal.* I, 5; *Dion Casio*, LVI).

Cuando éste conoció que se moría, preguntó á los amigos que rodeaban su lecho, si había desempeñado bien su papel en el teatro de la vida, y luego añadió dos versos griegos, que pueden traducirse así: "Si todo os parece bien, aplaudid esta farsa, y todos vosotros dad alegremente palmadas. (Suet. in Aug., 99)."

Así acabó, á la edad de setenta y seis años, el soberano del imperio mas poderoso que ha existido jamas. Terrible cuenta iba á dar de su vida. En efecto, para llegar al trono, derramó torrentes de sangre, y cometió perfidias y muchas crueldades de pensado; pero una vez ocupado el solio, fué un ejemplar raro de moderación. Aunque el disimulo formaba el fondo de su carácter, amaba la justicia y la bondad, estaba dotado de grandes prendas, y reinó con sabiduría.

En vida se le erigieron templos, y despues de muerto se le puso en el número de los dioses. De su pira se hizo salir una águila que parecia que llevaba el alma del nuevo dios al Olimpo: un antiguo pretor juró que la habia visto subir al cielo, y Livia en recompensa, le dió un millon de sextercios. (*Dion Casio*, 55). En Roma se le erigió un templo, cuya sacerdotisa era Livia, y Tiberio el principal sacerdote, y se instituyeron juegos públicos en honor suyo.

"Vanidad de vanidades, y todo vanidad," dice el sá-

bio inspirado de Dios (Ecl., I, 2); y Tomás de Kempis añade: "¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad, excepto el amar y servir á Dios. (*De imitatione Christi*, I)."

CAPITULO XVII.

SUCESOS EN LA JUDEA BAJO EL GOBIERNO DE ANTIPAS.

Antipas, que desde entonces fué llamado con mas frecuencia Herodes, y Filipo, edificaron diferentes ciudades en sus tetrarquías. El primero fortificó á Seforim, y la hizo una de las principales ciudades de la Galilea: tambien cercó de murallas á Betharamphtha, y le dió el nombre de Julia. Mas adelante edificó, á orillas del lago de Genesareth, una ciudad que llamó Tiberias, en honor de Tiberio, de donde vino el nombre del lago de Tiberiades. Filipo levantó la de Paneas, en las fuentes del Jordan, y le dió el nombre de Cesarea; y para distinguirla de Cesarea cerca del mar, llamada antiguamente Ptolemais, se añadió á su nombre el del fundador, y recibió el de Cesarea de Filipo. Convirtió el pueblo de Bethsaida, situado en la parte oriental del Jordan, donde desagua este rio en el lago de Genesareth, en una hermosa ciudad que llamó Julia, por la hija de Augusto. No ha de confundirse este Bethsaida con aquel en que nació San Pedro, y que está situado en la ribera occidental.

Valerio Grato sucedió, como gobernador de la Judea, á Annio Rufo, y ejerció este cargo durante once años. El fué quien destituyó á Anás, hijo de Seth, del pontificado que habia desempeñado doce años, é invistió de esta dignidad á Ismael, hijo de Fabo; pero de allí á poco tiempo se la quitó tambien y la confirió á Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anas. Al cabo de un año, Eleazar se vió igualmente forzado á ceder la silla de Aaron á Simon, que la dejó dentro de otro año á José, llamado tambien Caifás, con cuyo nombre le designan los evangelistas. Este era yerno del sumo sacerdote Anas.

En el mismo año, el veintisiete de Jesucristo, sucedió Poncio Pilato á Valerio Grato, como quinto gobernador de la Judea. No bien hubo entrado á ejercer su cargo, cuando se grangeó el ódio de los judíos. Como los romanos sabian la aversion de éstos á toda especie de imágenes, habian cuidado los gobernadores de dar á sus soldados, simples estandartes, cuyo aspecto no podia ofender á los judíos, á lo menos en el órden religioso. Cuando Pilato envió tropas de Samaria á Jerusalem para tomar cuarteles de invierno, éstas entraron, es verdad, de noche; pero al dia siguiente por la mañana, al ver la efigie del emperador en los estandartes, se levantó un clamor general, á que se siguió bien pronto una sublevacion. Habiéndose extendido la voz, acudieron una multitud de habitantes del campo, y el pueblo se dirigió á Cesarea, donde estaba Pilato, para pedirle con instancia que mandase quitar aquellos estandartes de Je-

rusalem, y no ofendiese las costumbres de sus padres. Como el gobernador se hiciese sordo á sus súplicas, permanecieron cinco dias y cinco noches inmóviles y tendidos en una actitud suplicante, delante de la habitacion de Pilato. Este al sexto dia, convocó al pueblo en el circo, donde sentado en su tribunal, mandó cercar á la multitud con tres hileras de soldados, y amenazó de muerte á los judíos, si se resistian á recibir la imágen del emperador, haciendo seña á los romanos para que desenvainasen la espada. Entonces los judíos, como si no hubieran tenido mas que un corazon y un pensamiento, se echaron todos en el suelo, y presentaron los cuellos gritando: antes morir que violar la ley. El gobernador atónito, envió órdenes á Jerusalem para sacar de allí los estandartes. (Jos., *Antig. Jud.*, XVIII, II, 2, de *bello Jud.* II, IX, 1, 3).

Pilato, ya muy aborrecido del pueblo judío por sus muchas exacciones, hizo otra tentativa de la misma clase, que no le salió mejor que la primera: Filon es quien lo cuenta. Mandó colgar en el palacio de Herodes, en Jerusalem, unos escudos de armas, dorados y consagrados á Tiberio, que no contenian ninguna imágen, y solamente una breve inscripcion indicaba quién los dedicaba y á quién. No obstante, los judíos se escandalizaron, porque la consagracion de aquel don encerraba realmente la idea de un culto divino. Cuatro príncipes de la familia de Herodes, y los caudillos del pueblo, fueron á buscar á Pilato en nombre de todos sus conciuda-

danos, suplicándole que pusiera fin á aquel escándalo; y como no quisiera ceder á sus instancias, el pueblo comenzó á gritar: no provoquéis á la rebelion y á la guerra: no se honra al emperador con la violación de la ley de nuestros padres: ese es un pretexto para perseguirnos: Tiberio no quiere abolir nuestras costumbres; ó si habeis recibido órdenes á este intento, enseñadlas para que le enviemos embajadores.

Estas últimas palabras hicieron profunda mella en él, porque temia, como dice Filon, que si enviaban legados, le acusasen de haber recibido presentes, de haber ejercido una arrogante tiranía, de haberse manchado con rapiñas, de haber violado sus derechos, de haber condenado al suplicio á muchas personas sin forma de proceso, y por último, de haber cometido grandes crueldades. Hallábase, pues, en el mayor apuro, por un lado, porque temia esta embajada, y por otro, porque su orgullo le impedía ceder al pueblo, y recelaba tambien caer en desgracia del emperador, si mandaba quitar las armas que le habia consagrado y hecho colgar solemnemente.

Los caudillos del pueblo tomaron un término medio, y en vez de enviar embajadores, se contentaron con escribir á Tiberio, quien reprendió severamente á Pilato, y le ordenó que quitase al punto los escudos. Pilato los trasladó á Cesarea, en las orillas del mar. (Philo, *de legat ad Caium*).

Mas no tardó en dar nuevo motivo de disgusto á los judíos, tomando del tesoro del templo el dinero necesari-

rio para construir un acueducto en Jerusalem. Con esta ocasion se levantaron muchos miles de habitantes, pidiendo á gritos que no continuase la empresa; y muchos de ellos le insultaron con palabras ultrajantes. Como Pilato se hallaba en Jerusalem, compareció sentado en su tribunal; y previendo que el pueblo le acosaria con impetuosidad, mandó que se situaran algunos soldados, disfrazados de paisanos y con mazas escondidas, de modo que pudieran, á una señal dada, cercar á la multitud. Viéndolos reunidos á todos y en fermentacion, los mandó volverse á sus hogares; pero ellos en vez de obedecer, prurumpieron en invectivas. Entonces Pilato hizo señal á los soldados, los cuales precipitándose sobre la turba indefensa, traspasaron las órdenes de aquel, y no hicieron ninguna distincion entre los ciudadanos pacíficos y el populacho desenfrenado. Muchos quedaron muertos, otros huyeron heridos, y varios fueron despachurrados por los suyos en la confusion de una fuga precipitada. (Jos., *Antig. Jud.* XVIII, III, 2. — *De bello Jud.*, II, IX, 4).

Los judíos, oprimidos por el gobierno romano, poco ó nada podian contar con la protección del emperador, por cuanto sus hermanos de Roma habian sufrido una persecucion cruel algunos años antes. Un judío que se habia escapado de Jerusalem á Roma, por haber violado la ley, hizo conocimiento con tres compañeros dignos de él, y estableció una escuela para los israelitas. Fulvia, matrona romana muy estimada, se dejó seducir con los

discursos de aquellos, y abrazó la religion judaica. A poco tiempo le pidieron oro y púrpura, so pretexto de hacer un donativo al templo de Jerusalem, y se quedaron con ello. Habiendo sabido Fulvia esta bellaquería, se quejó á su marido, el cual dió parte á Tiberio, y este mandó que todos los judíos que no quisieran renunciar á su creencia, salieran de Roma so pena de perder la libertad. Cuatro mil de ellos fueron obligados á entrar en el servicio militar, y enviados á Cerdeña para perseguir malhechores. Dos escritores romanos dan á entender que al decretar esta expedicion, se tuvo en cuenta la influencia mortal del aire de aquella isla. Es probable que Tiberio los tratase con mucho mas rigor, porque un incidente nuevo le habia irritado contra todas las costumbres extrangeras. Los sacerdotes de Isis egipcia en Roma, ganados por un jóven enamorado, á quien habian abierto las puertas de su templo, convidaron á una romana hermosa y estimada, á que acudiera de noche al templo en nombre del dios Anubis. Hizolo ella con el consentimiento de su marido, y solo algun tiempo despues, supo por el temerario amante que él era el supuesto dios. Sintióndose inclinada á la venganza, incitó á ella á su marido, el cual dió sus quejas al emperador: este decretó la formacion de causa, y de resultas fueron crucificados los sacerdotes, destruido el templo de Isis, y arrojada al Tiber la imágen de la diosa. (Jos., *Antig. Jud.*, XVIII, III, 4).

CAPITULO XVIII.

SITUACION DE LA JUDEA. INFANCIA DE JESUS.

El pueblo de Dios estaba en un estado lastimoso. Judá se iba aniquilando bajo el yugo de hierro de los romanos: la observancia de la ley habia llegado á ser difícil, y muchas veces peligrosa: unos paganos disponian de la silla de Aaron, en la cual colocaban ciegamente y con toda arbitrariedad, sumos sacerdotes á quienes destituian á su antojo del santo ministerio. Los saduceos y fariseos perturbaban el pueblo con doctrinas falsas y oscuras; y la gran expectacion del ungido del Señor, anunciado por los patriarcas, por Moises, por David y por los profetas, figurado por las ceremonias de la ley, y celebrado con fiestas de institucion divina; esta expectacion que debia fijar todas las miradas como la estrella polar que nunca pierden de vista los navegantes en las horas de la noche, se enfrió en muchas personas, y otras muchas cambiaron la naturaleza de él, convirtiéndole en un rey guerrero y conquistador, que debia librarlos del yugo extranero. Solo unos pocos comprendian el verdadero sentido de los designios de Dios, y de las palabras de los santos profetas, que habian predicho tantas veces y tan claramente un reino de verdad y de justicia, un reino que debia abrazar todas las naciones de la tierra, un reino eterno.

Estos pocos israelitas esperaban este reino de un dia

á otro, y no sabian que el Mesías habia venido ya, y estaba oculto en un pueblo de Galilea, en Nazareth, en casa de un carpintero, á quien estuvo sujeto mientras este vivió, ayudándole en sus faenas. Habianse cumplido las palabras del Profeta: “Porque nos ha nacido un niño pequeño, y se nos ha dado un hijo, y lleva en sus hombros las señales de su principado; y su nombre será admirable, consejero, Dios, fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz. Su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el solio de David y sobre su reino, para confirmarle y corroborarle en la justicia y la equidad, ahora y para siempre: el celo del Señor de los ejércitos hará todo esto. (Isaías, IX, 6 y 7).”

Ignoraban su venida; pero la aguardaban con dolorosa impaciencia; no obstante, eran felices porque creian y esperaban: eran fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor (1), llenos de alegría por la esperanza, sufridos en los males, y perseverantes en la oracion. (Ad Rom., XII, 11 y 12). Digo que eran felices, porque creian; luego esperaban; y el que cree y espera en él, le ama, y el que le ama, es ya feliz en la tierra. Eran, pues, felices en este mundo aquellos hombres piadosos, aunque suspiraban por él en el dolor del amor.

(1) Sirviendo al Señor *to kurio douleuontes*, y no como dice una mala version, *to kairo douleuontes*, conformándose con el tiempo, ó propiamente, sirviendo al tiempo; expresion muy dura cuando se aplica á las circunstancias del tiempo. Nosotros debemos servir á Dios solo. La Vulgata dice tambien: *Domino servientes*. (San Mateo, IV, 10).

Mas habia llegado el tiempo que habia predicho el gran Profeta: “Consuélate, consuélate, pueblo mio, dice tu Dios. Hablad al corazon de Jerusalem, y llamadla, porque se ha concluido su malicia, y se le ha remitido su iniquidad.... (1). La voz del que clama en el desierto.... (Isaías, XL, 1 á 5).”

CAPITULO XIX.

APARICION Y PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA:

PRIMER TESTIMONIO DADO A JESUCRISTO.

Hemos visto que un evangelista decia de Juan, hijo de Zacarías y de Isabel: “Mas el niño crecia y se fortalecia en espíritu, y vivió en el desierto hasta el dia de su manifestacion en Israel (2). (San Lucas, I, 80).”

No nos detengamos en las relaciones poco fundadas acerca de la edad en que Juan fué al desierto, y acerca de la causa que le llevó á él. Si su madre le llevó para librarle de las persecuciones de Herodes, etc., la Es-

(1) *Sus males*: no hay duda que la palabra *malitia* se puso en lugar de *militia*, por una distraccion del copiante; lo cual podia hacerse con mas facilidad por cuanto aquella palabra tiene una buena significacion, aunque no la del original.

(2) Esto empezaba en el año veintinueve ó treinta de Jesucristo, si contamos desde la muerte de Augusto, cuando Tiberio subió al trono. Mas como segun los deseos de Augusto, el senado y el pueblo romano habian reconocido en Tiberio una potestad igual á la de aquel en las provincias, juzga Prideaux que ha de ponerse el año indicado mas arriba en esta época, y que Juan habia ejercido el ministerio de precursor durante tres años. (Vellej., Hist. II, 121).